

Triunfar en Escandinavia

De Isabel de Austria, hermana de Carlos V, apenas se sabe. Esta biografía pone en valor su figura, sus desavenencias con el emperador

MANUEL LUCENA GIRALDO

La hermana de Carlos V vivió deprimida, murió joven y sin duda dejó un bonito cadáver. Nacida en 1501 y muerta en 1526, Isabel de Austria, otro desconocido personaje del fascinante siglo XVI español, ha sido recuperada en esta biografía histórica ejemplar, que comprende siete capítulos: nacimiento; pretendientes; viaje a Dinamarca; retorno a Flandes; trayectorias familiares y retratos. Basada en una recopilación exhaustiva de fuentes en archivos y bibliotecas, no cruza ni un milímetro hacia la ficción. El resultado radica en que además de ser verosímil, la protagonista es verdadera. Isabel de Austria, culta y perspicaz, hablaba francés y latín, se defendía en español y flamenco, poseía nociones de alemán e interpretaba instrumentos musicales.



Isabel de Austria
Manuel Lobo
Cabrera

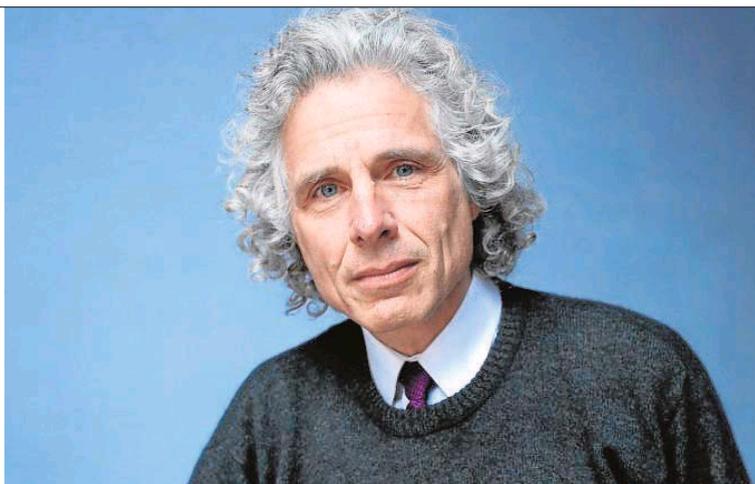
Cátedra, 2019
192 páginas
16 euros
★★★★

Muerto su padre Felipe el Hermoso y con su madre Juana la Loca incapacitada, como sus hermanos estuvo destinada a ser subastada en el mercado matrimonial europeo que dirigía con maestría maquiavélica su abuelo Maximiliano de Austria. Cuando contaba meses de edad, ya la habían prometido con el hijo de los monarcas de Navarra. Acabó casada por poderes con el rey de Dinamarca Cristian II (nieto del «Nerón del Norte»), de modo que fue conducida a Copenhague a los catorce años, en cumplimiento de su deber dinástico. En la medida en que Cristian era heredero de la triple corona escandinava, gobernaba Dinamarca, Noruega y Suecia.

CONOCIDO POR SU CARÁCTER disoluto y pendenciero, tuvo que hacer frente a una época de turbulencias religiosas y nobiliarias. Abrazó el luteranismo (no está claro que Isabel también lo hiciera), lo que explica la hostilidad que le manifestó su cuñado Carlos V. Cuando llegó a la corte danesa, la recién desposada descubrió que su real marido tenía una concubina holandesa conocida como «La palomita», cuya madre era su principal consejera personal. Fallecida la holandesa a causa de un envenenamiento fulminante que se atribuyó a Maximiliano, a los tres años de la boda Isabel dio a luz a su primer hijo, Juan. Tuvo cinco hijos más con Cristian, de los que sobrevivieron tres. La menor, Cristina, duquesa de Milán, «bella, culta y capaz de concebir», viuda a los 15 años, vivió hasta los setenta años: una anomalía familiar. ■



Isabel de Austria, por Jan Gossaert



El experto en psicología cognitiva Steven Pinker

CONTRA LOS FRIKIS DEL ESTILO

En «El sentido del estilo», Steven Pinker propone liberarse de los corsés que imponen los clásicos manuales de escritura

El sentido del estilo
Steven Pinker



Trad.: José
Calles Vales
Capitán
Swing, 2019

360 páginas
22 euros
★★★★

JAIME G. MORA

Steven Pinker (Montreal, 1954) propondría comenzar esta nota con una frase sorprendente que introduzca el tema. Algo así como: «Escribir es un acto antinatural». Primero debe ir el tema, y después el comentario. A saber: a diferencia de la palabra hablada, la escritura no es un instinto natural. Llevar los sonidos de la lengua a la página en blanco requiere mucha práctica. Quizá sea este el motivo de que los manuales de escritura sean tan populares, ya sean los seis mandamientos de Orwell o las guías de autores como Stephen King, William Safire o Elmore Leonard. Y por supuesto el clásico *The Elements of Style* de E. B. White y William Strunk de la primera mitad del siglo pasado que Pinker ve útil, pero también obsoleto.

«Mis reticencias para con los manuales de estilo clásicos me han acabado de convencer de que necesitamos una guía de escritura para el siglo XXI», dice. La propuesta del prestigioso y multipremiado psicólogo cognitivo de la Universidad de Har-

vard es *El sentido del estilo*. El título replica *Los elementos del estilo* de White y Strunk. Frente a las fórmulas encorsetadas de este manual, el autor canadiense defiende la eficacia del «estilo clásico». Estilo clásico es el que se guía por el oído; el que permite al escritor «orientar la mirada del lector de tal manera que este pueda verlo por sí mismo», trata de explicar sin mucho éxito.

Como no es fácil bajar a la tierra un concepto tan abstracto, no le queda más remedio que enumerar consejos habituales en otros manuales para hacerse entender: leer en alto los textos para evitar ambigüedades, puntuarlos correctamente... A cambio sí defiende el uso de la denostada voz pasiva o las palabras innecesarias. De nada sirve que una sen-

PINKER DEFIENDE QUE CUALQUIER FÓRMULA DE ESCRITURA ES VÁLIDA CUANDO SE LOGRA LA CLARIDAD

tencia se ajuste a los sagrados mandamientos si está mal planteada, explica. Antes que la «contabilidad» de las frases, está su «geometría». «Los buenos escritores a menudo emplean frases muy largas, y las adornan con palabras que son, estrictamente hablando, innecesarias». Lo que Pinker nos quiere decir es que escribir es

difícil porque pensar es difícil y que cualquier fórmula es válida cuando se logra la claridad. Nada extraordinario.

Ignorantes ilustrados

En la segunda parte del libro, Pinker se lia con las imposiciones gramaticales. En su intento de rebajar las obsesiones de los puristas —«ignorantes ilustrados», les llama—, enreda al lector con fórmulas aceptadas y aceptables en el uso de las comas, adjetivos y otros elementos de la lengua; y enreda también al traductor, que aunque se esfuerza en explicar en español fórmulas típicamente anglosajonas, en más de una ocasión no le queda más remedio que corregir al autor con las reglas de la Gramática y la Ortografía españolas. «A la hora de considerar los problemas de uso de una lengua, un escritor debe evaluar críticamente las exigencias de corrección, obviar las normas que sean discutibles y elegir opciones que neutralicen valores en conflicto», defiende. Y sí, tiene razón cuando dice que el uso de la lengua no es como jugar al ajedrez, pero olvida que a una torre nunca le permitirían hacer los movimientos diagonales del alfil. Igual que una mujer no puede estar «un poco embarazada», algo no puede ser «muy» o «poco» único. Los criterios ortogramaticales también hacen más eficaz la escritura. Por mucho que se empeñe Pinker, las manías de los frikis del estilo están justificadas. ■